



Separata número 3 incluida en América Joven No 9

Abril 1981.

América Joven



DOCUMENTOS

una estrategia de combate
para un camino prolongado

LUIS JEREZ RAMIREZ

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE



una estrategia de combate para un camino prolongado

1980 fue un año de acontecimientos definitivos. Dentro y fuera de Chile, hechos de factura trascendente se entrecruzaron para reacondicionar el escenario nacional, para agotar la validez de las respuestas ensayadas y para proyectar un sesgo de emergencia sobre el rezagado esfuerzo de acción y reflexión de las fuerzas sociales que luchan contra la dictadura y, más violentamente, sobre el tranquear todavía disperso y vacilante de la vanguardia política derrotada en 1973.

Digamos que, cara a los ochenta, la realidad parece iluminarse. Los últimos balbuceos de voluntarismo triunfalista terminan por apagarse a la sombra de un acontecer que fuerza decisiones y que tiene el mérito, nada adjetivo, de reencontrar a la dirigencia con la objetividad evasiva. Los hechos del año pasado no fueron de tono menor, de aquellos de tranco puramente coyuntural y efímero. Se trata de alteraciones profundas que tensan, a todos los niveles y en todos los ámbitos, la exigencia de definiciones profundas.

La distensión, persistentemente erosionada en el asedio imperialista de los últimos años, se desliza por el despeñadero tras la invasión soviética a Afganistán. El hecho, más allá de sus causas y efectos inmediatos, consagra una nueva situación internacional que rigidiza las políticas flexibles del período histórico precedente, reformulando un juego de férreas polaridades que reduce el espacio de los caminos propios y desalienta el desarrollo de proyectos autónomos. Ronald Reagan conquista la presidencia de los EE.UU. en la cresta de una ola de conservadurismo que recoge las angustias del mundo capitalista y, en mayor medida, las de la sociedad norteamericana, reiteradamente humillada en la lucha de los pueblos por su liberación. En Chile, el plebiscito implementado en un marco de violencia intelectual y moral convalida al interior, a despecho de su intrínseca ilegitimidad, el quehacer demoleedor de la dictadura.

Ni los hechos son aislados, ni son compartimentados sus efectos. Hay una consecuencia global que prefiere conductas, determina estados de ánimo y altera los niveles de la moral de combate. En lo que nos interesa, en el marco de la oposición al régimen militar, debemos admitir que el plebiscito y la violenta alteración de padrones en el plano internacional, han generado un espectro de reacciones que oscilan entre el desaliento desesperanzado y conformista hasta la revalorización exasperada, sino oportunista, de líneas de acción de declarado signo vanguardista y militarista. Pareciera que el decurrir sorprendente se expresa en una suerte de saludable revelación que justifica un afanoso y precipitado empeño por sepultar las estrategias gastadas.

Es en este contexto, en que los tonos sombríos aparecen sobrecargados, en el que debemos despejar las opciones a que nos enfrenta el futuro.

UN LARGO TIEMPO DE EXISTISMO SIN BRUJULA

La "consulta popular" marca el punto de agotamiento de un empeño, sin destino, por mirar las bases de sustentación de la dictadura trajinando una vía en la que la izquierda chilena resignaba la iniciativa política, aceptando apaciblemente la inevitabilidad de un rol subalterno. La movida de la dictadura de alguna manera, clausura las ilusiones de una estrategia, nunca explicitada, que afinca sus posibilidades en el eventual ensanchamiento del espacio político que se venía generando al interior del régimen autoritario, y en la perspectiva de "administrar el descontento", creando las condiciones para una apertura de tranco lento que privilegiaba la negociación y el compromiso.

Parece oportuno llamar la atención sobre un fenómeno de apariencia adjetiva. La anticipación resuelta del resultado fraudulento, la fuerza de la denuncia que se agita en Chile y fuera de Chile, y la conducta política desafiante que se estructura con antelación al referéndum, no tienen una traducción consecuente tras "la oficialización del desenlace". La desmovi-

lización abrupta, desconcertante, parece cuestionar el valor de una previsión que, siendo correcta, no había traspasado la corteza cerebral de la cúpula dirigente. En los hechos, el resultado "golpea" como si desvaneciera una recóndita, póstuma e inconciente esperanza.

El fenómeno se agota en su descripción. Tampoco en una explicación, cómoda y ligera, de psicología de masas. El plebiscito "remeca" en la medida en que provoca una toma de conciencia múltiple, compleja, que jaquea el instrumental analítico que se venía utilizando. Desde luego, la constatación de que existe una fuerza social, dispersa, confusa e inorgánica que excede en mucho el ámbito de los beneficiarios del modelo -la cual, sin ser proclive a la dictadura, se muestra refractaria a la reedición pura y simple del pasado. Desde otra perspectiva, la consulta pinochetista (la voluntad de provocarla más que el resultado) se transforma en un test de suficiencia al porfiado transitar de la izquierda chilena por una vía política centrada en la búsqueda del compromiso: ausente una alternativa política perceptible por el conjunto de la sociedad chilena, los afanosos senderos de la negociación, ni habían debilitado a la dictadura ni habían vigorizado - en términos objetivos - la presencia de los partidos populares en el acontecer nacional. Finalmente, un apercebimiento nada subalterno: el resultado, despojado de causas y efectos circunstanciales, acusa un inquietante ritmo de progreso, en el esfuerzo de la dictadura por substituir los valores nacionales que son disfuncionales al modelo.

Digamos en resumen, que el plebiscito tiene el mérito nada desestimable de remover el sonambulismo existista y de poner a flor de piel una realidad que invalida los caminos transitados. En el curso de los últimos siete años, la izquierda chilena -sin expresión orgánica y políticamente inmóvil- ha puesto sus bazas, a falta de proyecto propio en una conjunción astral de factores extraños a su iniciativa política, el valor de los cuales, invariablemente, fue sobredimensionado. Hay una suerte de estrategia "sin estrategia", diseñada a partir de un supuesto aceptado con una buena dosis de devoción y voluntarismo: la inviabilidad de la dictadura como una forma estable y duradera

de estructuración de la sociedad. Hemos asumido, sin suficiente base política, que la irracionalidad consubstancial al fascismo, lo que este expresa como desafío a la formación histórica nacional, y en última instancia, la inhumanidad de su proyecto económico, sellarían su destino, habilitando el retorno gradual a los viejos cauces de convivencia.

Desde esta perspectiva, adquiere cierta lógica la facilidad con que nos hemos dejado atrapar en un perseverante juego de percepciones equivocadas, las que si bien no llegaron o determinaron líneas de conducta coherente, han condicionado al menos, nuestros estados de ánimo en los años pasados. Creo útil recapitularlas aunque sólo sea para desalentar nuevas omisiones autocríticas en el análisis del pasado.

La transpolación mecánica de las experiencias autoritarias tradicionales, nos llevó a atribuir, al régimen militar, la precariedad de un modelo improvisado, precipitadamente trasvaidado por las promociones nativas de Chicago. El fracaso del modelo y su transitoriedad (y consecuencialmente la transitoriedad de la dictadura) lo inferimos caprichosamente del "costo social" intolerable subyacente en él. Los hechos han terminado por demostrar que el proyecto fascista es bastante más coherente de lo que habíamos imaginado, al menos en lo que dice relación con la resuelta implementación de sus políticas y con su clara definición de propósitos, y que empieza a adquirir un alto grado de viabilidad a la sombra de los nuevos valores que se pretende internalizar y de la drástica alteración de la estructura de clases que intenta imponer.

Desde otro ángulo, hemos hecho apuesta sobre la ausencia de apoyo social interno a la dictadura. Imaginamos, el persistente alejamiento de los grupos y franjas de clases que inicialmente le otorgaron respaldo, como expresión de debilitamiento gradual del régimen militar, ajeno a sus propósitos y auspicioso a la implementación de una eficiente estrategia de compromiso.

También allí hemos tropezado con la vida. La coherencia del proyecto político y económico de la dictadura, se afinaba, precisamente, en la prescindibilidad de un espacio social de apoyo. De hecho, la burguesía nacional -que había desarrollado

al máximo su poder de masas en el enfrentamiento con el Gobierno Popular- le procuraba una base de apoyo concreto y movilizado del que pudo disponer a voluntad durante un período prolongado. Lejos de procurar mantener ese ámbito de sustentación, la hemos visto inmersa en un proceso de concentración de poder que gradualmente estrechaba las posibilidades de participación de los sectores sociales que alentaron el golpe, indiferente a la decisión y, en cierto modo, alentándola. Si el fenómeno se corporiza en la persona de Augusto Pinochet, es porque este asume eficientemente un rol intermediador en la alianza militar-burguesa. Planteado en otros términos, el modelo facturado por Friedmann centraba su factibilidad en la exclusión y no en la cooptación de sectores sociales. Desde esta perspectiva, la promoción de una base de sustentación social es disfuncional a los intereses y proyectos de la franja burguesa (sector financiero) para la cual se capturó el poder en 1973.

El fenómeno es real, pero la lectura que de él hace la izquierda chilena es equivocada. Y lo es, en un doble sentido. Los sectores sociales que inicialmente apuestan al golpe, y que el modelo margina, se distancia de la dictadura pero no traducen su decepción en resistencia a ella. Desde otro ángulo, la voluntad de exclusión que postulamos, implícita en el proyecto fascista, no implica la renuncia a la necesidad de procurarse una relativa capacidad de movilización social. Ella se exhibe en instancias decisivas y se recluta, precisamente entre aquellos sectores que suponíamos hostiles al régimen y hasta potenciales compañeros de ruta. Por qué esta dicotomía conductual? Por qué los sectores medios -por ejemplo- empobrecidos, drásticamente degradados por el modelo no se sitúan en una línea de oposición a la dictadura? Y digámonlo más derechamente: Por qué el cincuenta por ciento de los chilenos vota favorablemente un referéndum que en esencia implica "el blanqueo" de los crímenes y desaciertos de la dictadura?

Las interrogantes nos ubican de lleno en el marco de otra percepción subjetiva que ha alimentado el discurso de la izquierda en los años más recientes: el ascenso del movimiento de masas. Este es otro tópico en que se confunden las exigen-

cias agitativas con el éxito de las políticas ensayadas.

Objetivamente, a partir de 1976, se ha dinamizado un ascenso relativo del movimiento de masas. La recuperación es significativa en segmentos decisivos: en la lucha reivindicativa de los trabajadores, en el frente estudiantil, e incluso en una lenta removilización de los sectores poblacionales. Pero la pura constatación no ayuda. Lo importante, si queremos "hacer camino al andar", es asumir en todas sus consecuencias, la asimetría que existe entre la recuperación del movimiento de masas y la capacidad de acción de la vanguardia política. Dicho más claramente, en Chile existe objetivamente un proceso de recomposición del movimiento de masas sin conducción política. El fenómeno que aprovisiona el discurso de agitación corresponde a la existencia de una "memoria histórica de organización", la que por cierto, ausente aquella conducción, sólo tiene validez en un espacio limitado.

Se recompone el movimiento de masas, pero no se recompone la vanguardia. Esta se empeña en permanecer inmutable, atrapada en el pasado, redondeada plácidamente en una unidad estática, formal y en esencia, carente de crédito social. Nadie en Chile, detecta una alternativa de poder en el conjunto de los partidos derrotados en 1973. De ésta manera, el ascenso del movimiento de masas, no se ha traducido en un factor desestabilizador del régimen, en un cerco efectivo a la dictadura. En los hechos, conquistamos espacio sin afectarla. Si intentamos convertir el fenómeno en un real movimiento "de combate" debemos empezar por reconocer que existe una fractura honda entre las masas chilenas y su vanguardia política, que ésta fractura se produjo en términos cataclísmicos en septiembre de 1973 y que hemos perdido un tiempo largo sin realizar un esfuerzo serio por soldarla.

En otro plano, seguimos oxigenando, aún con mayor perseverancia, otra percepción subjetiva: el aislamiento internacional de la dictadura. Sobre esto hemos acariciado esperanzas desmedidas. Hemos sobrevalorado el repudio de la humanidad a los crímenes del fascismo y concentrado en su mantención y estímulo el esfuerzo del exilio. Por cierto, no postulo la inutilidad de la empresa. Sólo cuestiono la insuficiencia analítica.

Sólo tardíamente nos hemos dado por enterados de lo que los mandos golpistas detectaron en la primera hora: el meollo del poder internacional no transita por los pasillos de los organismos internacionales sino que se articula en el contexto de la comunidad financiera. Y es con los núcleos de ésta con los que el régimen pinochetista estableció conexiones eficientes y oportunas. En definitiva, los severos y reiterativos votos de condena en las Naciones Unidas -los que en buena medida recogen la persistencia del exilio- han terminado por tener un significado puramente académico. No le quitaron ni le quitan aire a la experiencia fascista, ni se lo quitarán en tanto la banca y las empresas transnacionales sigan asegurando el funcionamiento concreto de su aparato productivo interno y externo.

APREHENDER LA REALIDAD

La magnitud del desafío que nos impone la tarea de reconstrucción democrática, nos obliga de partida, ha tranquear con paso firme sobre la realidad objetiva. La fase que se inaugura con "la consulta popular" de septiembre pasado es de reformulación de estrategias, y dicho más claramente, de rectificación de caminos. Para asumir la realidad, parece sano, empezar por actualizar aquellos factores que hasta ayer percibimos como "desestabilizadores" y en torno a los cuales hemos venido cultivando ilusiones.

La reflotación de padrones de guerra fría limita, de hecho la autonomía de los movimientos populares a escala nacional en el Continente, y relegítima -después de Afganistán- la viabilidad de una intervención abierta en cualquier lugar del hemisferio en que los contingentes nativos resulten insuficientes. El imperio recompone sus ordenamientos estratégicos en la perspectiva de recuperar las posiciones concedidas en el tráfico de su propia crisis y de retomar a nivel mundial, el rol decisivo lentamente erosionado en la última década. La elección de Reagan cristaliza la respuesta de la sociedad civil norteamericana a las sucesivas frustraciones que provocaron los fenómenos culminantes de la primera parte de los años setenta, configurando, desde este instante, una alternativa altamente agresiva

en el enfrentamiento de los problemas de reestructuración capitalista que genera la crisis. Por decir lo menos, el camino se endurece en la misma medida en que se descongestionan los obstáculos que parecía enfrentar la dictadura. La nueva administración yanqui consagra una severa subordinación de la política exterior a las necesidades de defensa y reivindica una línea de definición de apoyos -diseñada sin rubor en la Convención Republicana de julio pasado- a regímenes como el de Pinochet, capaces de asegurar un alto grado de lealtad a los intereses de la superpotencia. Ello ocurre en los mismos instantes en que desaparece de escena -en tanto factor gravitante- el "progresismo" norteamericano que contribuyó en buena medida a alentar el subjetivismo de los años pasados. No postulo que la nueva situación sea concomitante con la elección. La política de Carter de mediados de la década, apenas si logró sobrevivir a su formulación. Ya en 1977, el eje del discurso de los centros de reflexión norteamericanos se venía reubicando precipitadamente en las preocupaciones de seguridad nacional, - expresando en el ocaso de la administración Carter y en cierto modo, profijándolo - la resuelta voluntad de obturar cualquier situación que llegara a configurar un margen de riesgo para los intereses estratégicos de la metrópoli.

En el plano interno, no parece sensato seguir insistiendo en que Pinochet "tiene los días contados". El derrumbe de la dictadura no está a la vuelta de la esquina. La orgía organizada por la burguesía financiera se anuncia de noche larga y la voluntad de prolongarla se está plasmando, día sobre día, en un proyecto resuelto, ambicioso, coherente y de siniestra racionalidad.

Precisamente, porque reformulamos la decisión de derribar la dictadura, debemos encarar la empresa desde una base analítica articulada al diseño objetivo del escenario, asumiendo con rigor las condiciones concretas en que se dará la lucha.

Es cierto que el régimen de Augusto Pinochet enfrentó instancias de crisis. También es cierto que ellas fueron siempre leoturizadas con atraso por la izquierda chilena. Las percibíamos, renovando nuestro arsenal de ilusiones, cuando ya el gobierno de Pinochet las había superado. Y ello ocurría, inevi-

tablemente, por la ausencia de una alternativa política, por la carencia de una conducción capaz de interconectar "los tiempos" de debilidad del régimen, para precipitar su caída. En la coyuntura, y por un período prolongado, debemos aceptar que se disipen las nubes del cielo fascista. La preocupación internacional en torno a los derechos humanos se mantendrá en planos declarativos. El ceño de los gobiernos eurooccidentales será en el futuro menos adusto y hasta razonable suponer que la inversión foránea, hasta ahora sensible al "riesgo político", sea en el futuro más fluida. La mediación papal, aún en el caso probable de que Videla dilate el pronunciamiento argentino, atenuará los problemas subsistente con los países fronterizos. Las relaciones con Perú inevitablemente se normalizarán en tiempo breve, a la sombra del conflicto de aquel país con Ecuador, a la par que la reciente resolución de la OEA ofrece un auspicioso mecanismo de diálogo con el gobierno boliviano. No se divisan, en el horizonte inmediato, condiciones que permitan reformular una eventual política de boicot. Finalmente, terminan por desaparecer de escena, los componentes disuasivos que, de una u otra manera, perturbaban desde Washington. Para que no haya dudas, el nuevo inquilino de la Casa Blanca, ha anunciado que la política de su gobierno se centrará en la lucha contra el terrorismo, y bien sabemos que traducción tendrá "esta cruzada" en lectura de las dictaduras latinoamericanas.

Diagamos, que lo bueno de la nueva situación es lo malo que se ha puesto. Por primera vez en el curso de los últimos siete años, las vanguardias políticas antifascistas, no tienen más alternativas que las que ellas mismas sean capaces de generar. No hay ya destino en el juego de factores ajenos a la iniciativa del movimiento popular, a su capacidad de convocatoria y a su voluntad de recrearse con fuerza y proyectos propios. Y ésta ya es una tarea de ayer. Está sellada por un requerimiento de urgencia y no se trata del requerimiento abstracto determinado por la necesidad moral de poner término a la noche fascista. Hay una premura concreta, apurada por la exigencia de obstruir el obstinado empeño del régimen militar por rehacer la sociedad chilena a partir de una drástica alteración del patrimonio de valores y aspiraciones de sus componentes. Y es en

torno a ésta amenaza en la que se inscribe un objetivo central de ésta reflexión.

LA EXPROPIACION IDEOLOGICA DEL FASCISMO

Tardíamente, hemos venido tomando conciencia de un aspecto medular -quizás el más demoledor- del proyecto fascista. Tras la expropiación política y económica hay un tiempo de expropiación ideológica, y es precisamente éste el que se orienta a consolidar la experiencia, el que le otorga viabilidad y en el que afina una pretensión de perdurabilidad.

Chile es, hoy, el laboratorio de una brutal experiencia de psicología de masas. Las variantes externas del modelo económico y la manipulación atosigante de los medios de comunicación, se han venido articulando para conformar la base de una profunda transformación en el seno de la sociedad chilena. Lentamente, los viejos valores solidarios, que constituían el gran aporte del movimiento popular, ceden paso a un cuerpo de motivaciones egoístas que en el pasado sólo reconocían cuartel en una franja muy estrecha de la estructura social. Se trata de algo más que de "paraguayizar" el país. Es algo más que una perversa inculcación de conformismo. Se trata en definitiva de hacer de Chile, hasta ayer una nación de "organizaciones", una nación de "individualidades". Paulatinamente, se ha venido imponiendo un padrón de conductas que revierte al individuo brutalmente sobre sí mismo, de capturarlo para un esquema de organización social que lo sitúa aislado e inerte frente a la omnipotencia de un nuevo Estado.

Enfrentamos un proyecto, en lúcida, plena y resuelta ejecución. Todo el esfuerzo de la dictadura sus leyes, sus políticas y "modernizaciones" y, en última instancia, la gigantesca promoción consumista, se insertan en un darwinismo decimonónico que ha empezado a envenenar, ya, al conjunto del tejido social. La voluntad substitutoria se proyecta sobre el conjunto de las formaciones sociales y culturales que se oxigenaban en el "habitat" democrático del pasado. La Reestructuración capitalista se orienta a agudizar las contradicciones de todas las categorías sociales, a dividir a los trabajadores, a generar nuevas formas de explotación que esterilicen sus luchas, a des-

truir su cohesión como eje del movimiento social y, en definitiva, a desidentificarlos con los objetivos anticapitalistas democráticos. Ya al día de hoy trabajamos con una estructura de clases drásticamente modificada. Ni la clase obrera es la misma, ni el campesinado es el mismo, ni se articulan ellos con los mismos padrones que conocimos en el pasado. Chile no es el mismo. Así mañana se derrumbara la dictadura, aventada por un milagroso consenso nacional, no volveríamos a encontrarnos con el país que conocimos. Y es, en esencia, la profundidad del cambio que se está operando ante nuestros ojos, la que impone a las vanguardias progresistas una alteración de las líneas de conducta.

LO PRIMERO: SUPERAR LA CRISIS

En este marco, perfido de amenazas y de urgencias, debemos reconocer la crisis de la izquierda chilena. El reconocimiento no es un simple acto de diagnóstico, de percepción pura y simple de efectos. Implica enfrentar la evidencia de que conformamos una vanguardia defasada, que ha hecho abuso de entusiasmos efímeros y que ha renunciado cansinamente a constituirse en polo de influencia en el escenario político chileno. De alguna manera, la consolidación de la dictadura recoge y utiliza la ausencia de políticas propias en la izquierda chilena y la voluntad floja de dejar para mejor ocasión la tarea de construir una fuerza también propia. La derrota de 1973 no fue un acontecer sin responsables. La "segunda derrota" está conformada por la dilapidación de un largo período histórico, en un juego complejo de vacilaciones, de percepciones equivocadas, de existencias sin destino y hasta de torpes arrogancias partidistas. También ella tiene responsables. Reconocer la crisis de la vanguardia revolucionaria supone la percepción rigurosa del espacio minúsculo en que estamos haciendo una política también minúscula y de la brecha que separa a aquella de un movimiento de masas que lentamente empieza a recuperar su moral de combate y que se autonomiza del quehacer de vértices inmóviles que hasta hoy se han especinado en negarles conducción.

De hecho, ni siquiera se ha intentado entregar tal con-

ducción. Por largo tiempo nos hemos aferrado a la preservación de un mito. La Unidad Popular ha sobrevivido en el ámbito de un pulmón artificial, más por la necesidad de mantener una marca de fábrica que por la de conservar para el futuro la potencialidad de una alianza que hace ya largo tiempo agotó su rol histórico. Hace casi cuatro años que la Unidad Popular - al menos en el exterior - no se reune en el contexto de un debate político. La circunstancia parece violenta, sobre todo tratándose de una organización que arrastra tantas glorias y quebrantos. No se discute porque se presiente que la discusión desune, separa. Y por este novedoso mecanismo de preservación unitaria se ha llegado a conformar un entendimiento de membrete, de declaración y comunicado ocasional y, en última instancia, de representatividad casi protocolar. La nuestra, es sin duda, la más insólita estructura unitaria que se haya conocido en las luchas latinoamericanas: un organismo estático, enfermo de rutina, que administra habilmente la solidaridad internacional pero, que enfrentado al desafío de la lucha, lejos de entregar líneas se limita a formular esperanzas. Bueno es ya que entendamos, que nos hemos empocinado en cultivar una unidad "sin unidad", que se mantiene en la retina de algunos acólitos devotos, pero no en la del pueblo de Chile. Los partidos que conforman la Unidad Popular han derrochado tenacidad, abnegación y hasta heroísmo, pero ello no ha evitado el colapso político del organismo unitario.

Desde hace años se viene hablando de la necesidad de recomponer la izquierda. Como es habitual, la percepción lúcida no tiene traducción en una voluntad de ejecución, y no la tiene, porque la adhesión nostálgica a la estructura languidecente ha obstruido la posibilidad de avanzar en el empeño de reformulación. Los datos de la vida son más que suficientes para certificar la defunción y, dispensenme la herejía, creo que ello es positivo. Ese solo hecho, al que hasta se podría otorgar algún grado de solemnidad, formalizaré, a mi juicio, el inicio del camino que debemos recorrer para sobremontar la crisis de la izquierda.

Con todo, y a despecho de aquel trámite, tal camino ya se ha empezado a recorrer. Hay un hecho macizo: Los partidos de

izquierda cualquiera sea el nivel y magnitud de sus problemas, lograron sobrevivir a la embestida fascista. Su presencia, aunque precaria, continua siendo el fantasma impertinente que perturba el festín de la burguesía chilena. Constatada la inexistencia de un centro único de confluencia, ya ha empezado a ensayar nuevos marcos de encuentro y entendimiento. Nuevos padrones están articulando las coincidencias y haciendo también, saludablemente nítidas las diferencias. Y es en el contexto de este proceso, en el que tenemos la obligación de apurar el tranco.

EL MARCO DE UNA ALIANZA RENOVADA

Postulamos que este es el factor promisorio de un presente que se muestra difícil. El entendimiento real de las fuerzas que impulsan el cambio se construirá en la valoración de la diversidad y no, en el empeño piadoso por ocultarla; en la necesidad de identificar la realidad con la propuesta que se pretende formular; en la conciencia de la embargadura del proceso contrarrevolucionario; en la reflexión sobre los términos actuales de la nueva situación nacional y mundial; en la necesidad de renovar a la izquierda chilena en su organización, su acción y sobre todo en "su pensamiento", aventando el peso muerto del ideologismo y refrescando las categorías conceptuales que le permitan aprehender la realidad y orientar su acción.

Hoy entendemos que la confluencia implícita ópticas diferentes, enfoques encontrados y, por cierto inspiraciones doctrinarias diferentes. En su conjunto y desde su natural diversidad, la izquierda chilena expresó y sigue expresando una tradición cultural en la que se redondea el marxismo, las corrientes más avanzadas del cristianismo, el racionalismo laico y el socialismo no marxista. La coincidencia en que debe renovarse asume esa tradición. Es una coincidencia de propósitos, no de raíces. Es ello lo que factibiliza la superación de la crisis en una alianza de combate, para destruir la dictadura y luego, para tranquear juntos en la construcción de una sociedad socialista.

Estamos recorriendo lentamente un camino de decantación, de afinamiento de matices, propuestas y aspiraciones, pero ello

se hace en tono a una coincidencia fundamental: la lucha por la democracia y el socialismo aparecen, en nuestros días indisolublemente unidas y no sólo por una exigencia ideológica. La durísima experiencia que ha vivido nuestro pueblo, y la que están viviendo otros pueblos de América Latina, hace inimaginable, en países como el nuestro, la estabilidad, la solidez y la permanencia de un sistema democrático, sin enfrentar la transformación del sistema capitalista. Dicho de otro modo, hemos aprendido que la democracia política en los países subdesarrollados terminó por ser disfuncional al sistema de dominación e incompatible con éste.

La izquierda chilena debe recrearse en torno a una vigorosa demanda popular democrática y socialista. Esa demanda forma parte del patrimonio moral y doctrinario del movimiento popular chileno. No nace con la dictadura, pero es indudable que la experiencia fascista ha puesto a flor de piel, y en buena hora, una redimensión de la democracia y sus valores, difusa y postergada en la reflexión de antaño. Hoy, no podemos plantear el avance al socialismo a partir de la democratización de la sociedad, del Estado, la economía y la cultura, sin entregar una respuesta clara y concreta a la necesidad de compatibilizar práctica y teóricamente democracia y socialismo, en términos de asegurar el pluralismo político y la participación concreta de las mayorías nacionales en el proceso de construcción. Todo ello, implica el coraje de aprender críticamente las experiencias que se han enfrentado en otras latitudes para construir el socialismo, en un esfuerzo de reafirmación de la especificidad nacional y continental en que se dará nuestra lucha. Esta es una exigencia compleja que está en el meollo del proceso de convergencia en el que debe recomponerse la vanguardia política en crisis. En cierto modo, es el test de aptitud y suficiencia.

Es importante constatar que los golpes - naturalmente hay obstinados - nos han enseñado a convivir con mayor humildad que en el pasado. Hemos terminado por aprender que la revolución tiene la rara particularidad de ser de todos y no ser de nadie. Y es bueno precisarlo. Creo que al día de hoy, los marxistas no ignoramos que el movimiento cristiano tiene

capacidad convocante, motivación crítica, decisión de combate y un esquema de demandas que debe encontrar satisfacción en un proyecto político alternativo. Hay allí, fuerzas, valores y aportes que se han incorporado a la matriz común de las luchas revolucionarias. No se trata de valorar tentativamente una potencialidad utilizable. En las luchas continentales y, muy específicamente en las de nuestros días, las masas cristianas asumen en forma cada vez más resuelta un rol protagónico, que obsoletiza el enfoque ideologizante desde el cual disparábamos hace una década. El fenómeno cristiano es algo más que la expresión de "una conciencia atrazada" o de un simple aporte cuantitativo a las luchas revolucionarias. En Chile, todavía carente de una estructuración orgánica significativa, asume un espacio social del que no se podrá prescindir en las luchas del futuro.

Creo que es a partir de ésta convicción, que debemos valorizar el proceso de convergencia que lentamente ha empezado a madurar en el seno del movimiento popular en la estructuración de una propuesta de combate, democrática y socialista.

LA CRISIS DEL SOCIALISMO CHILENO Y LA CONVERGENCIA SOCIALISTA

Esta maduración es perceptible, por ahora, a partir de dos vertientes: La búsqueda de un espacio de encuentro, de una ecuación política coherente por parte de los partidos de inspiración cristiana que integran la Unidad Popular, de una parte, y de otra, el lento proceso de recomposición del tronco histórico del socialismo chileno.

Ambos fenómenos traducen "tiempos" y "ritmos" diferentes, una necesaria vivencia autónoma que atiende a una problemática diversa, pero en definitiva confluyen en las líneas gruesas de una estrategia democrática y socialista. Hay aquí un primer nivel de coincidencia, un paso cierto a una nueva dimensión de la unidad del movimiento popular. Tal es el sentido de la constatación, en la que sería torpe intentar descubrir la postulación de un alternativismo rupturista al interior de la vieja izquierda. No obstante, la verificación de las

diferencias, lo que no debe atemorizarnos, se viene haciendo insoslayable.

Es un hecho cierto, que en el marco de la vertiente marxista, cristalizan opciones diversas que se niegan a permanecer subyacentes. La claridad con que se definen las concepciones sobre el hombre, la sociedad y el Estado, y las que formula el complejo teórico democracia-socialismo, determinarán la aptitud de la izquierda chilena para redondearse en una propuesta social de conjunto que la reencuentre con la confianza, que le ofrezca a nuestro pueblo un destino cierto y que la habilite para ser nuevamente percibida como una alternativa de construcción del futuro.

La crisis del socialismo chileno-que recoge y estimula la crisis global de la izquierda- se superará en la definición de aquellas alternativas. El Partido, a despecho de sus quebrantos, tiene un espacio natural en la sociedad chilena. La crisis coyuntural no cuestiona tal privilegio como no lo amagaron en el pasado las instancias de crisis que jalonaron su dilatada vida. Su presencia social está sellada por constantes históricas que no pueden ser usurpadas por sectores tributarios de vaticanos consagrados. Es el viejo Partido, que nace como una corriente popular, auténticamente nacional, que recoge la herencia de las mejores tradiciones del pensamiento libertario chileno, crítico y revolucionario, que se sumerge durante 48 años en la búsqueda de un pensamiento propio, y no los trasudantes despojos del coloniaje ideológico, el llamado a reconstruirse en el ámbito de esas constantes históricas. El tronco histórico del socialismo chileno, es un factor insustituible y una exigencia de la lucha.

Sin su presencia no hay combate antifascista ni es imaginable el avance al socialismo. Es por ello, que la crisis que le afecta, es un problema que trasciende a los socialistas y que invalida cualquier pretensión taticista orientada a obtener ventajas de esa crisis. Asumimos la simpleza de la afirmación: la superación de las tribulaciones del conjunto de la izquierda pasa por la recomposición del socialismo chileno en el ámbito de su identidad histórico-política y en la reafirmación de los perfiles que aseguraron su vigorosa presencia

en las luchas del pasado. Si los hombres progresistas de otras fichas son capaces de entenderlo, habremos ahorrado tiempo, esfuerzo y distancia.

HACIA UNA ESTRATEGIA DE MASAS

Insistimos en una afirmación antes enunciada. El proceso de legitimación de la dictadura que se inicia con la consulta plebiscitaria de septiembre pasado, le dio con la puerta en las narices a toda vía de compromiso. En otros términos, no hay tránsito posible a la democracia a partir del régimen mismo. Más claramente, no hay para nosotros un sentido español. Y no se trata de una lúcida percepción de los vértices antifascistas. Es el obstinado mandato de la vida y de la propia dictadura: el derrumbe de ésta pasa por una instancia de ruptura o, simplemente, no pasa. La clausura de un ciclo constante de violencia estará inevitablemente signada por un acto de violencia social.

Con todo, la constatación no admite conclusiones exasperadas. La respuesta a la situación creada no está reservada a una cofradía de héroes aislados de la masa. Históricamente fue y lo seguirá siendo, un problema que han dirimido los grandes contingentes sociales. En el caso específico de Chile, antes de transitar por los senderos de la aventura, tenemos que cerrar la brecha aún subsistente entre las masas y sus vanguardias. Ese es el requerimiento principal, es el requerimiento de hoy, el que subordina todo nuestro quehacer en la conjuntura -Cómo hacerlo?- como reencontrar a la izquierda chilena con la confianza evasiva del inmenso, golpeado y disperso contingente popular? Cómo ofrecer un destino que galvanice a los más amplios sectores de la población de un compromiso de combate? Aquí está el meollo de nuestras angustias, el que perfija prioridades y determina las fases de una estrategia de largo aliento.

Creo que la exigencia inicial es de proyecto político. Es el que nos permite empezar a tranquilizar. Proyecto antes que programa. No son por cierto categorías excluyentes u un apremio diferente.

Prente a la supervivencia de la dictadura el proyecto

socialista ofrece una alternativa democrática. Define el proceso de lucha y de derrocamiento de la dictadura en todas sus connotaciones tácticas y teóricas. Diseña el camino de lucha como una ascendente e ininterrumpida movilización de masas que culmina en una insurrección popular. El proyecto se concibe como un instrumento para sensibilizar a las masas y por lo mismo no acentúa las abstracciones. Es una convocatoria clara, precisa, coherente, de acceso directo al conjunto de la sociedad chilena. Depurado de mediaciones ideologizantes, busca salvar el vacío que siempre ha existido entre las acciones concretas, cotidianas y los trascendentes objetivos finales.

Pero no sólo tiene un tiempo de alternativa. También debe tener un tiempo estratégico. En él, se dibuja la sociedad a que se aspira en concreto. La vanguardia se define ante todos los niveles de la sociedad: el Estado, la sociedad civil, la cultura, el proceso productivo y al definir las categorías fundamentales sobre las cuales se edificará la sociedad, precisa en que forma la vanguardia valoriza y practica la democracia y la libertad.

En suma de lo que se trata hoy, es de elaborar una propuesta con aptitud convocatoria. Ella es la base de una estrategia de combate. La articulación de la masa y su vanguardia, factiviliza la removilización de aquella y genera el ámbito para la reconstrucción de la "fuerza a la vez que las condiciones para alternativizar las formas de lucha que la realidad y la vida hacen exigibles. Y sobre ello, una reflexión final.

El uso de la fuerza y la insurrección armada depende de condiciones objetivas, no de úkases cupulares. Centrar las fuerzas de la izquierda, hasta hoy diezmada, en una estrategia de masas con una perspectiva insurreccional, es cosa muy diferente a reivindicar la insurrección como tarea del momento. Plantearlo, con el sorprendente desenfado que se exhibe en algunas declaraciones y documentos de la coyuntura, es ignorar la real embergadura del proceso contrarrevolucionario y la profundidad del reflujo del movimiento de masas en Chile y en los países del cono sur del Continente. Aspiramos a derribar la dictadura, y no ha constituirnos en un simple artilugio de hostigamiento en el ámbito de una guerra fría que pareciera que-

rer renovarse . La oxigenación apresurada de formas de lucha armada, en términos de ubicarlas en el centro del quehacer de la vanguardia, no contribuye a disipar la desorientación de los trabajadores, -y tampoco a debilitar la dictadura- sobre todo cuando la convocatoria se formula desde vértices que implacablemente las han condenado en el pasado . Los virajes, cuando son bruscos, hacen exigible un esfuerzo de explicación.

Rotterdam, marzo de 1981 .